Muelle de Uribitarte publica 'Euskal baladak / Baladas vascas', de Jabier Kalzakorta, y la biografía del pintor Eduardo Zamacois, 'Pintor de detalles', de Javier Novo González

Belleza y drama en todo su esplendor

Elena Sierra

"CREO que las frases más impactantes de las lengua vasca están en las baladas". Así de claro lo tiene el filólogo vasco y profesor en la Universidad de Deusto Jabier Kalzakorta, académico de número de Euskaltzaindia y estudioso de los diferentes géneros y exponentes de la literatura popular vasca, sobre todos de los orales –refranes, cuentos, baladas y bertsos–. *Euskal baladak / Baladas vascas*, la antología publicada recientemente por la editorial Muelle de Uribitarte, es un libro para entender por qué dice esto Kalzakorta. Las baladas escogidas, publicadas tanto en la narración original en euskera como en su traducción al castellano, algunas en las diferentes versiones que han sobrevivido al paso de los siglos, contienen "frases bellas y crueles" casi por igual.

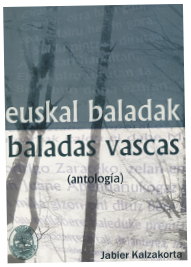
Las baladas era una de las formas en que nuestros antepasados se contaban historias y lo hacían cantando; algunas en determinadas épocas del año, "ritualizadas", y otras muchas en los ratos de ocio; las había, además, que se cantaban –o contaban– acompañadas de danzas. "Era el cantar contando o contar cantando" que no solo fue propio de la lengua vasca, sino que puede encontrarse en muchas latitudes. El mismo Kalzakorta se recuerda, de pequeñito, memorizando en clase romances castellanos como el de "¡Abenámar, Abenámar, moro de la morería, el día que tú naciste grandes señales había!...", que aún puede recitar. Había baladas que contaban con un pequeño relato explicativo que contextualizaba el cómo, el dónde y el quién, y que hoy en día sirven casi de guía por la geografía vasca. Abarcaban todo tipo de temas y de emociones, las había por todos los rincones de los territorios donde se hablaba euskera y sobrevivieron al paso del tiempo sin necesidad de recurrir a la escritura.

No todas perduraron, eso es cierto. Las estrofas datan, algunas, de la primera mitad del siglo XV. Ya varios autores a finales del XIX y a lo largo del XX (como Azkue y Aita Donostia) se dedicaron a rescatarlas yendo de pueblo en pueblo entrevistando a quienes aún podían cantarlas o recitarlas, porque muchas de ellas acabaron siendo transmitidas como poemas orales, sin música. En la antología realizada por Kalzakorta se recogen unas cuarenta, algunas de ellas en varias versiones –que cambian según la zona de procedencia, como es el caso de *El marinero raptor*, con tres textos distintos–, y se presentan agrupadas por temas. Cantares épicos, baladas históricas, amor, honor, retorno, religiosas... Un poco de todo.

En esta "selección de autor" –en su tesis doctoral analizó 75– hay una preponderancia de las que tienen a las mujeres como protagonistas y coprotagonistas. En este sentido, muchas hablan de violencia del hombre contra la mujer, y como señala el editor de Muelle de Uribitarte, José Ramón Blanco, es sorprendente encontrar este tipo de versos que datan de tiempo tan lejano. "El hermano acude en su ayuda, a rescatarla o a vengarla", explica. La crueldad, junto a la belleza, vuelve a ponerse de manifiesto, en un uso de recursos literarios pensados para lograr el mayor impacto en los oyentes (hoy lectores). Como señala Kalzakorta de *Frantziako anderea*, cuando el señor va a matar a la esposa, ella está embarazada y se lo dice. "Son frases muy duras, muy dramáticas. Tal vez sea esa sustancia la que ha permitido que pervivan las baladas".

El profesor de Deusto y académico de número de Euskaltzaindia, Jabier Kalzakorta

Bufones jugando al 'cochonnet', Eduardo Zamacois



> Zamacois, cuya vida ha sido rescatada por Javier Novo, fue el primer artista vasco de éxito internacional

El 'Pintor de detalles'

Nadie escribió una balada sobre el pintor bilbaino Eduardo Zamacois y Zabala, pero tal vez en otra época a alguien se le hubiera ocurrido. Y es que el *Pintor de detalles* –como el historiador del Arte Javier Novo González ha titulado su biografía sobre el artista nacido en el Casco Viejo– tuvo una vida breve, muy breve, y podría decirse que intensa, por lo menos en lo que se refiere al impacto que su obra tuvo. Fue el primer artista vasco de éxito internacional. Charles Dickens, José Martí, Matilde Bonaparte, Vincent Van Gogh y muchas grandes fortunas de finales del XIX y comienzos del XX se interesaron por sus cuadros, que llegaron a cotizar al alza en el circuito artístico.

Novo González –licenciado en Historia del Arte y jefe de Colecciones del Museo de Bellas Artes– comienza describiendo una reunión de la alta sociedad de EEUU que ilustra muy bien hasta dónde llegó Zamacois (2 de julio de 1841-12 de enero de 1871). En una de las fiestas de disfraces veraniegas celebradas en Bar Harbour, Maine, a la viuda del multimillonario Astor (sí, el que murió en el hundimiento del Titanic) se le ocurrió vestirse como en una pintura del bilbaino y el *New York Herald* escribió que fue "la actuación más aplaudida". "(...) un tipo de pintura anecdótica, de ambientación historicista, que no contenía una excesiva carga intelectual y en la que predominaba el detalle y la precisión técnica" era la marca de la casa, explica el biógrafo.

> Las baladas eran "el cantar contando o el contar cantando", tal y como señala Jabier Kalzakorta

En su propia casa, la marca fue el binomio educación más arte, un ambiente que propició desde su niñez el desarrollo de su talento. El padre era un maestro de origen francés que se dedicó a la enseñanza en Bilbao y que tuvo muchos hijos de dos matrimonios. Casi todos ellos cultivaron su vena artística y fue la carrera musical de una de las chicas, Elisa, primogénita del segundo matrimonio y hermana por parte de padre y de madre de Eduardo, la que hizo que la familia se trasladara a Madrid en 1856. Para entonces, el pintor se matriculó en la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando, donde le dio clase, entre otros, José de Madrazo. De nuevo la vida de Elisa marcaría el siguiente paso: un escándalo sentimental hace que la familia se mude y los hijos escojan caminos. Eduardo se va a estudiar a París, por entonces una ciudad "deslumbrante y efervescente". Era 1860, y hasta 1863 se formó, expuso y obtuvo su primer encargo de la Corte de Isabel II, la galería de reyes para el Príncipe de Asturias, el que llegaría a ser Alfonso XII.

Fue alumno de Meissonier, el pintor más prestigioso del Segundo Imperio francés, y esto, unido a un pensionado de la Diputación vizcaina, lanzó su carrera –para lo que contó también con el apoyo de la empresa pionera en el comercio de arte Goupil & cie–. Zamacois tuvo tiempo de casarse y tener dos hijos –aunque a la segunda no llegó a conocerla– y de ganar la Medalla de Oro del Salón Oficial de París por *La educación de un príncipe*, por citar algunos hitos de su biografía, antes de morir en Madrid a los veintinueve años.